

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 5

MADRID

SEPTIEMBRE 1934

La utopía de Azaña por Luis Araquistáin

La psicología de un odio

Difícil será encontrar en la historia política de ningún país y en ninguna época un hombre público tan zaherido y vituperado como Manuel Azaña en el nuestro. Si no le conociéramos y tuviéramos que juzgarle por los dicitos e inculpaciones que cierta Prensa le dirige a diario, como obedeciendo a una consigna concertada, pensaríamos que muchos y grandes crímenes ha debido cometer este monstruo para que así se le califique y condene.

A lo mejor —diríamos— es el autor, hasta ahora ignorado, de los enormes delitos históricos de que ha sido víctima

el pueblo español durante centurias, y señaladamente desde fines del siglo XIX a la fecha, de las matanzas de Cuba y Filipinas y de las de Marruecos, del desprestigio de la nación como órgano de cultura, de justicia y de consideración internacional, del analfabetismo y la miseria de la inmensa mayoría de la población española, del atraso secular de la agricultura y la industria, de la deuda pública contraída en aventuras de guerra y de francachela oligárquica, del menosprecio de un Estado rapaz e inepto por los individuos más independientes y las regiones más activas y creadoras, de aquella necesidad material e

insatisfacción íntima que arrancaba a cientos de miles de españoles, con frecuencia los mejores, de la tierra nativa y los empujaba a emigrar física o espiritualmente, para fecundar otros suelos o distraerse con los problemas y las creaciones de otros pueblos, desentendiéndose radicalmente de los del propio. A lo mejor —seguiríamos diciendo— se ha llevado a su casa todo el oro del Banco de España, ha devorado Presupuestos enteros, ha gravado hasta la extenuación y en provecho propio y de familiares y amigos la economía nacional, ha llenado los Departamentos públicos de parientes y partidarios, como el general victo-

rioso que entrega a sus soldados, a modo de botín de guerra, el país conquistado, como habían venido haciendo con el Estado generaciones de gobernantes en España.

Pero Manuel Azaña nació a la gobernación pública el 14 de abril de 1931, como ministro de la Guerra del Gobierno provisional de la República. Meses después pasa a la Presidencia del Consejo de Ministros, que ejerce, al frente de varios Gobiernos, hasta septiembre de 1933. Dos años y medio dura su actuación de gobernante. Aunque hubiera sido Atila redivivo en el Poder, ¿se concibe que en tan corto tiempo hubiera consumado los desastres que se le atribuyen a él solo, como si los demás hombres que le acompañaron en el gobierno no fueran nada, ni ellos personalmente ni los partidos que representaban, nada más que marionetas irresponsables que se dejaban mover dócilmente por la mano dura y siniestra de este supuesto dictador, torvo y frío? Nadie lo piensa, aunque muchos lo afirman. ¿Por qué, entonces, esta aversión reiterada, este encono exacerbado e incesante, contra un hombre que, puesto en la balanza de las responsabilidades, ya se midan por exceso o por defecto, no pesa más que los demás y acaso menos que algunos? ¿Por qué esta concentración de tantos rencores, esta personificación de tantos resentimientos en un solo individuo? ¿En qué zonas profundas del espíritu humano están los motivos psicológicos de este odio, en unos, y del deliberado desvío, del fingido desdén, en otros, confabulados todos por la tácita en aniquilar a un

hombre que, si de algo ha pecado, si esto es pecar, ha sido de excesivo candor, en el sentido literal de esta palabra, que quiere decir extremada pureza de intenciones?

Para resolver este enigma, hemos ido a interrogar al propio Azaña, no directamente a su conciencia, siempre pudorosa y, como tal, un poco burlona, sino allí donde su conciencia más desvelada está, porque entonces habla a un pueblo y no sólo a un hombre, en los discursos recogidos con el título de *En el Poder y en la oposición (1932-1934)*, en dos volúmenes que suman muy cerca de las mil páginas. Comprende esta colección los discursos pronunciados desde septiembre de 1932 hasta mayo de 1934, y viene a completar la primera, publicada con el título de *Una política (1932)*. En el momento de escribir no tengo la primera colección a la vista; pero como todos sus discursos “forman una sola obra por la continuidad de los temas y la identidad del procedimiento y del propósito”, según dice el autor en el prólogo de la segunda, me basta ésta para hallar lo que busco.

La belleza oratoria

La lectura de estos discursos, que yo había ya escuchado o leído otra vez íntegramente o en extractos, obliga, ante todo, a una disociación del juicio crítico, que quiero indicar de pasada. Estemos o no de acuerdo con todas las ideas del orador, en un punto nos cautiva por completo: en la sugestión estética de su lenguaje. Hacía mucho tiempo —si es que se

dio alguna vez— que no se hablaba un lenguaje político así en España. Su palabra es con frecuencia popular, pero nunca plebeya o chabacana, y cuando es también, con frecuencia, literaria, jamás da impresión de rebuscamiento ni de pedantería, sino de algo espontáneo y consubstancial con el orador, como si una larga y honda formación en las letras españolas y en algunas extranjeras, que en otros escritores y oradores, y sobre todo en muchos filólogos, deja una envoltura pegadiza y anacrónica, hubiera diluido en su sangre y en su intelecto las gracias más bellas y permanentes de nuestro idioma, renovadas y vitalizadas por el feliz empleo de giros del día, recogidos de la inagotable cantera del pueblo, siempre clásico y moderno. No es Azaña muy aficionado a las imágenes, pero cuando las usa, no cae jamás en cursilería ni adocenamiento, porque en él no son mero adorno retórico, sino expresión necesaria de aquella profunda emoción lírica que le embarga en algunos discursos cuando habla del destino español y de algunos rasgos de la nación española.

No es un escritor que prepara lenta y pulidamente sus discursos y luego los declama de memoria, como un actor, sino un orador que habla como si estuviera escribiendo, con la precisión, la riqueza y la elegancia del lenguaje escrito, cuando se tienen estos dones. Azaña nunca es actor, repetidor de sí mismo. Hasta cuando reitera sus ideas o temas políticos, la forma es siempre varia y caudalosa, como si contara con un repertorio ilimitado de modos de ex-

ponerlos. De ahí la novedad y frescura de todos sus discursos, aun de los menos importantes, Ni es un efectista que conoce, como el actor experimentado, los recursos seguros para que le aplaudan y los emplea a discreción, buscando en las efusiones del público, como otros oradores, un estímulo o un descanso a su esfuerzo. En Azaña, el momento de fusión completa con el público, y ese es el sentido del aplauso, se ve que surge inopinadamente para el público y para él. El detalle parecía baladí; pero no lo es si se considera que, hasta en esos instantes en que al orador menos exhibicionista le cuesta trabajo substraerse a la sugestión histórica, Azaña es leal a la naturaleza antihistriónica de su carácter, más de autor, de creador, que de actor, de representador. Azaña no ha sabido o no ha querido saber representar comedias políticas, porque la política es para él un gran drama, mientras para los demás políticos, para la mayoría, es una comedia. Ese es, a la vez, su gran drama personal: que no se le deja tomar dramáticamente la política.

La política como juego, como comedia y como drama

Estas ligeras reflexiones sobre su estilo oratorio, que nunca como en este caso se puede decir con más exactitud que es el hombre, nos han llevado insensiblemente a descubrir el rasgo más típico de su carácter: la naturalidad o sinceridad, la pasión dramática por la obra política, o como decíamos antes, la pureza

del propósito, sin bastardos móviles subjetivos, o sea el candor. Esta cualidad empieza a permitir explicarnos el aislamiento en que han dejado a Azaña —y le seguirán dejando, porque la naturaleza humana rara vez se quiere corregir— aquellos hombres que por su cultura y su pretendida emoción pública debieran estar más cerca de él. Cuando uno se echa a discurrir qué de fundamental separa a Azaña de otros jefes de partidos republicanos y de otros hombres que aspiran a ser rectores de la opinión pública, al margen o por encima de los partidos, apenas se encuentran diferencias de pensamiento, que en todo caso no serían insalvables. Lo que sí se encuentra es una discrepancia de temperamentos y de caracteres.

Para unos, la política es un juego intelectual en que no deben intervenir las pasiones ni los intereses, sino a lo sumo ciertas ideas filosóficas y la técnica, creando una República de pensadores y peritos ejecutores, cuyos frutos el pueblo ha de esperar alegremente con paciencia y, sobre todo, sin lucha. Otra cosa será una República triste y despacible, que no valía la pena de su alumbramiento. Para otros, la República es un régimen que debe estar gobernado por los republicanos de mayor o menor abolengo. ¿Cómo? ¿En qué sentido? No importa. El caso es gobernar o hacer como que se gobierna, estar en el Poder. Si en vísperas de unas elecciones es preciso prometer el paraíso terrenal al pueblo, pues se le promete —como se le prometió en vísperas de la revolu-

ción, en los acuerdos del Comité revolucionario— y luego no se cumple lo prometido, o si se cumple, como en parte cumplieron los Gobiernos republicano socialistas de la República, se combate encarnizadamente a los que lo cumplieron, por haberlo cumplido, y a la primera ocasión se deshace lo que hicieron, como ya se ha deshecho.

Azaña tiene otro concepto del Estado y la política. El Estado no es un montón de blanda arcilla que se puede modelar como quieran los pensadores con los técnicos. Ni es un botín, ni un escenario, ni un asilo de amigos y compadres. *“El servicio republicano delante del Estado —dice Azaña— es un servicio impersonal, como el Estado mismo; el servicio republicano del Estado no espera ni admite recompensas; se sirve al Estado sin esperanza, sin derecho a recompensa alguna, sin más satisfacción que la interior de haber cumplido con el deber, y el que no tenga esta abnegación y esta resolución no entienda nada de su deber de republicano ni de su relación con el bien público”*. (Discurso de Valladolid, 14-9-1932). *“El partido de Acción Republicana jamás será un partido de amigos, y muchos menos un partido de amigos del señor Azaña... El jefe del Gobierno, en política, no tiene amigos ni los quiere. La amistad acaba antes que la política o empieza después de la política. La mayor desdicha de un gobernante o de un hombre público que quiere hacer algo útil en su país son sus amigos”*. (Santander, 30-9-1932).

El Estado como servicio y como botín

Esta idea de servicio impersonal y desinteresado al bien público, ¿cuántos republicanos la comparten en España? El republicanismo español ha heredado, sin darse cuenta, el concepto patrimonial o privado del Estado. Hay y ha habido siempre honrosísimas excepciones, que están en la mente de todos; pero, en general, los partidos republicanos de los últimos treinta años no querían tanto derribar la monarquía por un sentimiento de dignidad histórica y de justicia social como porque en el régimen caído no hallaban espacio sus apetitos personales y sus ambiciones de vanagloria, y si lo hallaban, como es público y notorio en el caso de algún prohombre republicano histórico, a su sombra vivían parasitariamente, constituidos en la "oposición republicana de Su Majestad".

Los dolores actuales de la República española vienen en gran parte de esa concepción patrimonial del Estado y la política. La monarquía ha legado en la sucesión de los propios republicanos sus vicios y sus taras a la República. ¿A quién le importa el bien público? La plataforma histriónica y las delicias del Poder son los únicos afanes de la mayoría de los líderes republicanos. Si, como dice Azaña humorísticamente en otro de sus discursos, los ministros tuvieran que ir al Parlamento, como él quisiera, disfrazados con barbas postizas y firmar con seudónimo, es decir, si hubiera que gobernar sin las candilejas de la publicidad, y encima con ab-

soluto desinterés, a lo sumo por un jornal de obrero, como en Rusia, sin lucimiento y sin negocios a la sombra del Estado, Azaña se quedaría casi solo, como hoy lo está. Por esto la clase que más le estima es la clase obrera, porque en ella está más vivo que en ninguna otra el sentimiento de servicio a la colectividad. Le estima, a pesar de las discrepancias ideológicas que de él le separan, por su ética política, que comprende, claro está, la ética privada: por su carácter.

Por otra cosa le estima también: por el placer de hacer obra y de amar a la obra hecha. Esta es la psicología del buen obrero, como lo son la mayoría de los españoles: amantes apasionados de la obra política, de la obra social. Así se explican las grandes obras de tipo político y corporativo que han sabido crear en España y que tanto les enorgullece, con justicia. Azaña es también un buen obrero. Sólo un buen obrero pudo pronunciar las siguientes palabras: "*Nos ha sostenido, señores diputados, esa pasión íntima, que yo no sé describir, que consiste en el placer inefable de crear cosas, de sacar a la vida cosas inexistentes, pero necesitadas por la conciencia nacional y por el espíritu público; nos ha sostenido el ansia, el placer, el goce, que unas veces es de artistas y otras de modestos artesanos, de hacer las cosas mejores que eran antes de venir a nuestras manos, y he sentido en muchas ocasiones el placer, casi hasta las lágrimas, de que una cosa mía, una cosa que yo había hecho, dejaba otras anteriores mejor que estaban, y decía para mí: —Na-*

die sabrá que lo he hecho, pero el que venga lo encontrará—. Esto, señores diputados, es lo que alienta a servir, porque delante del Estado de la República no hay más que eso: servir y llevar, a los menesteres más humildes y más prosaicos de los que gobiernan, una llama, un rayo de esa pasión republicana y española, que debe brillar siempre en el ápice de nuestras almas, y si no brilla esa pasión, ¡ah!, entonces la política, la República, el Estado y el Gobierno no son más que una grotesca danza de apetitos personales". (Cortes, 2-10-1933).

Aristas defensivas del carácter

Con un hombre así no es fácil entenderse, como no sea poniéndose en su propio terreno. un hombre que sólo promete abnegaciones, sacrificios y el placer de trabajar oscuramente, ¿cómo puede ser acepto a los republicanos que no sienten el servicio público y sólo ven en el Estado una granjería, una recompensa que les es debida, como sucesores y herederos del patrimonio monárquico? Un hombre así, además, no puede ser lo que se llama simpático, no quiere serlo, es decir, no pretende atraer a nadie con sonrisas de comediante, con promesas que no importa hacer, porque no importa cumplir, con lisonjas a la vanidad o esperanzas a la ambición y a la codicia. Apela nada más que a la conciencia del deber en servicio de una idea o un sueño nacional, sin otros medios materiales que la voluntad y la pasión de la justi-

cia, como Don Quijote, pero más desvalido aún que Don Quijote, porque éste tenía una celada de cartón y montaba un caballo flaco, y “yo ni siquiera tengo celada de cartón ni caballo; pero esa es nuestra locura, esa es nuestra vocación y ése es nuestro propósito”. (Conferencia en Bilbao, 21-4-1934). Y el que quiera seguir, que siga.

Un hombre así, al contrario, aun siendo afectivo y cordial, como es Azaña —y sólo los que no le conocen piensan de otro modo, atribuyéndole actitudes innatas del carácter—, ha de parecer a veces duro, en defensa de su íntima integridad; impaciente con el frívolo, con el uco y con el tonto o con el que se hace el tonto, para mejor lograr su objeto, en defensa de su seriedad; irónico o sarcástico con el necio que no se entera y se cree muy listo, en defensa de la seriedad del tema o problema que se discute; envuelto en dulce humor cervantino o áspero humor quevedesco, según los momentos, cuando necesita defender su serenidad interior; catilinario alguna vez, aunque pocas, porque su sentido de la responsabilidad y su temperamento rara vez le consienten juicios y palabras irreparables cuando contempla su obra maltratada y prostituida.

La noble utopía

Con ser fuertes estos motivos, no pasan, sin embargo, de subalternos o secundarios en el proceso de aislamiento y desvaloración personal a que se ha sometido y se sigue sometiendo a Manuel Azaña, con un tesón y una furia sin

precedentes. Hay un motivo más profundo, del cual son los otros simples instrumentos concurrentes, que nace de lo que yo llamo la utopía de Azaña. la utopía a que aludo no es sólo suya; de ella participaron algunos otros republicanos y, sobre todo, muchos socialistas, entre los cuales me contaba; no me duelen prendas de reconocer mis errores. Pero nadie ha dado forma y aliento a esa utopía como Azaña en sus discursos. La utopía consiste en haber creído que en España era posible una República que manteniendo la propiedad privada, diese entrada permanente o regular en el Gobierno al proletariado. Y nadie creyó esto con más fuerza y lo defendió con más lealtad que Azaña, entre los republicanos. Su fe excedió probablemente a la de los propios socialistas. Repetidas veces sostuvo la tesis de que sin la representación política del proletariado no se podía gobernar con las Cortes Constituyentes, y que, si había que gobernar sin esa representación, otro hombre era el llamado a presidir tal Gobierno.

Esta tesis de Azaña se inspiraba en dos móviles. Uno de lealtad, relacionado con su carácter; otro ideológico, relacionado con su mentalidad. El primero procedía de los compromisos contraídos por los partidos republicanos con el partido socialista y la Unión General de Trabajadores en el Comité revolucionario. Entonces se trazó un programa mínimo de reformas, entre ellas la legislación que luego se presentó a las Cortes, que todos los comprometidos aprobaron y suscribieron. Más tarde, ya cons-

tituida la República, esas leyes sociales parecieron excesivas a algunos que las habían suscrito y excesiva la duración de los socialistas en el Gobierno. Los infidentes comenzaron a requerir a Azaña, en todos los tonos y en ocasiones constantes, a que echase a los socialistas por la borda. La pequeña burguesía republicana, logrado el objeto de derrocar la monarquía, ya no necesitaba del proletariado. Se cumplía la ley natural y siempre repetida de todas las revoluciones burguesas. Se halaga al proletariado y se le prometen todos los Eldorados que quiera, para que se preste a servir de fuerza de choque, de carne de cañón revolucionaria, si es preciso, o para que oportunamente dé sus votos. Después se retiran las promesas y se retira al proletariado a sus casas y talleres, a las minas y a los campos. El gobierno del nuevo régimen le corresponde a la burguesía republicana. ¿Por qué? Porque la República es burguesa y porque la burguesía tiene sobre el proletariado derechos históricos de prelación o prioridad. Así pensaban los partidos republicanos que se habían ciscado en sus palabras y en sus compromisos escritos. La República bien valía una misa y unas cuantas indignidades.

Además, la legislación social y la presencia de los socialistas en el Gobierno alarmaba e irritaba a la alta burguesía, con la cual la pequeña burguesía había de entenderse fatalmente. Por encima de las diferencias sobre las formas de gobierno, sobre la Iglesia, sobre la familia y sobre la enseñanza, estaba y está el gran lazo de unión: la

defensa de la propiedad privada, herida por la Reforma agraria, por los Jurados mixtos, por la ley de Términos municipales y por otras leyes de la República. La pequeña burguesía, representada por los partidos republicanos desleales, necesitaba reconciliarse con la grande y tranquilizarla, hostilizando de continuo al Gobierno donde estaban los socialistas, armando una obstrucción parlamentaria del tipo más inno- que pena da leer estos discursos de Azaña donde una tarde y otra se esfuerza en convencer a los obstruccionistas de lo impropio de su faena y del daño que con ello infieren a la República; que pena retrospectiva ver a Don Quijote conteniendo con arrieros y pícaros, que simulan no entenderle, porque así les conviene, y se ríen de él por lo bajo—, hasta que consiguieron echar a los socialistas y a Azaña.

Lealtad a la palabra empeñada

Pero Azaña no cedió en su lealtad al proletariado ni en el Gobierno ni después de ser arrojado —esa es la palabra— del Poder, y ése es un rasgo más que enaltece su carácter. Contestando a la sandez de que había entregado la República a los socialistas, dice lo siguiente: “¿Y qué hay de verdad en esta supuesta entrega del régimen republicano a un partido, y a un partido como el partido socialista? Pues no hay más que una cosa bien clara, que es la lealtad de nuestra conducta política a los preceptos de la Constitu-

ción, al espíritu de la Constitución y a las leyes votadas por el Parlamento constituyente; y no solamente a leyes votadas por el Parlamento constituyente, sino a leyes convenidas, estudiadas en sus líneas generales por todos los republicanos, incluso por los de extrema derecha, antes del advenimiento de la República. De suerte que a los Gobiernos que yo he presidido, por haber sido leales a las promesas hechas entre los colaboradores de la revolución, promesas suscritas no sólo por los republicanos de izquierda, sino del centro y de derecha; por haber sido leales a estos compromisos, a esta oferta justa, necesaria, civilizadora; por haber sido leales a esta promesa y haber salvado de este modo el honor y la reputación de la República ante las masas del proletariado español, por eso se nos hace un cargo diciendo que hemos vendido la República a los enemigos de la clase burguesa”. (Bilbao, 16-9-1933).

Sólo los partidos y hombres republicanos que estaban en los Gobiernos presididos por Azaña, cuando se cumplían esos compromisos de honor hechos al proletariado, se salvan de esta tremenda acusación lanzada contra los otros partidos republicanos y contra alguien cuya responsabilidad histórica es mayor que la de todos los partidos. Tremenda no sólo porque implica un veredicto de traición al proletariado, sino porque el recuerdo de esa traición frustrará todo resurgimiento de las antiguas fuerzas republicanas. Sin el concurso del proletariado, esas fuerzas, que se deshonraron por un sentimiento de rencorosa inferioridad hacia

Azaña y por su servilismo ante las oligarquías de la tierra, de la Iglesia y del capital financiero, con las cuales fueron aliadas en las elecciones de noviembre de 1933, no volverán a levantar cabeza, y no la levantarán porque el proletariado español no olvida ni se deja engañar dos veces.

Ahora que se habla de nuevas conjunciones republicanas, ¿olvidará Azaña? ¿Se dejará engañar otra vez? Tememos de su bondad, que es más grande y para él más peligrosa de lo que sus enemigos se imaginan; pero al mismo tiempo confiamos en su aguda inteligencia y en su carácter diamantino. Su República está mucho más allá que la de esos caballeros de industria política. La Prensa de la derecha pretende mofarse de su soledad, de que hasta estos republicanos desleales le quieran dejar solo; pero, en el fondo, las oligarquías españolas no desean otra cosa que sacarle de su aislamiento, que precisamente es su gran fuerza, para envolverle y desnaturalizarle en alianzas, componendas y cambalaches con gestes sin solvencia mental ni ética, que han estado y estarán al servicio de las clases burguesas más cerriles siempre que a éstas les sea necesario.

La quimera del liberalismo y la democracia

El otro móvil de su voluntad de colaboración con el proletariado en los Gobiernos de que fue presidente responde —aparte la composición de las Cortes Constituyentes, que hacía difícil la exclusión de los socialistas— a lo más

puro de su utopía política. Azaña cree en la libertad y en la democracia, aunque con reservas en esta última. En Valladolid exalta las antiguas democracias rurales de Castilla y admira la altiva indiferencia con que le mira pasar un ciudadano de esas democracias, un curtidor o un pelaire, viendo en él un símbolo del sentimiento de independencia y libertad del hombre castellano (¿no sería un afiliado elector del partido agrario?); pero en otro discurso menos lírico y más realista pronuncia una frase que se hará famosa, cuando califica de “*burgos podridos*” las actuales supervivencias de esas democracias remotas y tal vez un poco míticas. Fuera de las organizaciones obreras, que son auténticas democracias profesionales, ¿será posible resucitar el espíritu de las antiguas comunidades?... ¿O no nos ofuscan con el espejismo de la lejanía histórica y hoy no estarían —como de hecho lo están sus descendientes— al lado de Gil Robles?

La democracia no es un valor absoluto para Azaña. “*La democracia —dice— pretende hacer innecesarias las revoluciones, porque siendo posible el libre contraste y se manifiesten, estando abierta la conquista de la opinión pública a los más capaces, a los que más razón tengan, la consecuencia es que ya no es necesario un movimiento de violencia o de revolución. El supuesto es erróneo, porque cabalmente la revolución se hace siempre contra la mayoría predominante, y hay veces en que la propia democracia necesita ponerse en pie de revolución, no contra su mayoría, sino a veces*

contra la minoría amenazante de la vida propia de la democracia. No digamos cuando es una minoría la que ve desfigurarse, desmoronarse la democracia teórica que había querido fundar, y, a pesar de todas las doctrinas que la democracia ha reconocido, no le queda más recurso que el hecho revolucionario para restituir a su ser la democracia primitiva». (Bilbao, 21-4-1934).

El supuesto es erróneo, sobre todo, porque la democracia en régimen de propiedad privada es una ficción, puesto que no tienen libertad plena de opinar ni de formarse libremente una opinión más que los dueños del capital y de los órganos a su servicio, que los usan brutal o capciosamente para coaccionar o embaucar a los desposeídos, secuestrando su voluntad política. Y el derecho de una revolución frente a una falsa democracia se legitima siempre en nombre de una mayoría oprimida o políticamente prisionera contra una minoría usurpadora. Este es el caso de la revolución del proletariado contra la burguesía.

La revolución sin límites

Azaña es revolucionario, pero no socialista. Y, sin embargo... Para él la revolución no tiene límites. “*No podemos decir nunca: —Hasta aquí ha llegado el régimen republicano y de aquí no pasará—. No podemos decir nunca: —Se han agotado las posibilidades políticas de desenvolvimiento de los principios de la revolución—. Tenemos el límite legal de la Cons-*

titución. Dentro de la Constitución hemos de movernos todos; pero el ambiente moral y la capacidad de soñar y el empuje resolutivo de las cuestiones pendientes en España, ¡ah!, eso no tiene horizontes ni límites, ni se le puede poner barreras. El partido que dijera de antemano: —Yo no pasaré de aquí—, sería un partido condenado a la impotencia y al fracaso de la vida pública”. (Santander, 30-9-1932).

Ni horizontes ni límites a la revolución; sólo el límite legal de la Constitución. Pero con la Constitución española se puede socializar toda la riqueza nacional: la tierra y la industria, las minas y los transportes, los Bancos y la Prensa, todo. Quien esté dispuesto a agotar la Constitución española, llevándola a sus últimas consecuencias, es socialista. Ciertamente que muchos que la votaron no lo son: los que en la Constitución, como en todo problema político, sólo ven una comedia. Pero Azaña —ya lo hemos dicho— no es un comediante, sino un hombre apasionadamente leal a sus compromisos, privados o legales.

Azaña no se pronuncia por la propiedad privada ni contra la propiedad privada. No creo que por prudencia política, sino más bien por indiferencia. Tal vez Azaña no se ha planteado aún en el fondo de su conciencia el problema dramático de la propiedad, acaso porque no haya vivido bastante cerca del dolor de la clase obrera explotada por el capitalismo (se puede ser socialista —como dijo en su discurso del *Pardiñas*— por un proceso intelectual y por haber nacido obrero; pero también, hay

que agregar, por un impulso del sentimiento más puro, por un anhelo irrefrenable de justicia social); acaso porque las consecuencias de plantearse ese problema y resolverlo con un criterio de humanidad y justicia turbarían sus actuales concepciones de la Nación y el Estado. Con todo, no son raras en sus discursos las alusiones al régimen económico vigente. En una ocasión, como una de las causas de la crisis mundial, aunque no la única, señala *“el fracaso de un sistema económico”*, y habla luego de *“un régimen fundado cabalmente en la explotación organizada de la miseria”*. (Madrid, 16-10-1933). En otra parte, discurre *“de la cuestión social, de la contienda del trabajo para la liberación de la opresión capitalista”*. En el mismo lugar, al excusarse humildemente de no ser socialista, se excusa también, *“pero con menos humildad, delante de toda aquella clase en la cual he nacido y de la que procedo, si no me pongo a ser un ciego paladín de sus intereses”*. (Madrid, coliseo Pardiñas, 11-2-1934). Tales palabras, dichas por un cualquier, no importan a nadie; pero dichas por el expresidente del Consejo de ministros de una República burguesa han de sobresaltar a la clase a quien se dirigen. ¿Qué Estado es ése cuyo jefe de Gobierno se permite declarar que no será un ciego instrumento de la burguesía? ¿Para qué quiere la burguesía un régimen político y un Gobierno que no la sirvan dócilmente?

La quimera de un Estado sobre las clases

Ese fue el noble error de Azaña, su bella utopía repu-

blicana: pensar que era posible construir y regir un Estado que no fuera un Estado de clases, y transformar una nación en que la idea de comunidad en las mejores tradiciones, como en el presente y en la proyección sobre un mismo destino, superarse en todos los pechos la lucha de clases y el instinto de guerra social. El Estado, a su juicio, *“debe colocarse por encima de los bandos contendientes”*; pero no como un juez imparcial, frío, indiferente. El hombre de gobierno debe colocarse sobre el conflicto *“como agente motor y creador, como impulsor, como director”*. Es una especie de Estado hegeliano o dialéctico: las clases en lucha representan la tesis y antítesis, y el Estado hace la síntesis, que no es un mero fallo imparcial, sino una creación, una superación social. El *“deber del gobernante y del que aspira a merecer ese título y a encontrarse con las riendas del Estado en la mano es arbitrar la fórmula política, no de solución, sino de encauzamiento dentro del Estado y por las vías del Estado de este conflicto, obligando a cada cual a meterse en ese crisol y a colaborar para lo que sea, pero cortando desde la raíz la guerra social”*. (Pardiñas, 11-2-1934).

Cortar de raíz la guerra social, meter a todos en el crisol: esta fórmula, al servicio de la burguesía, se llama fascismo; es la fórmula de Mussolini, Hitler y otros dictadores fascistas; pero Azaña no es un paladín ciego de la burguesía: por eso repudia el fascismo. Esta fórmula, al servicio del proletariado, sería la dictadura socialista:

es la fórmula de Rusia; pero Azaña no es socialista, por lo menos en los medios; no quiere un Estado de clases dominado por una clase, aunque sea la proletaria, sino un Estado que concilie los conflictos de las clases en una síntesis superior y, en último término, las meta en el crisol y corte de raíz la guerra social.

La fórmula exigía la incorporación del proletariado a la gobernación y legislación de la República, y Azaña lo incorporó, emprendiendo *“en España una experiencia fundamental de interés histórico universal”*. Se trataba de saber *“si es posible que en nuestro país se haga una transformación profunda de la sociedad española, ahorrándonos los horrores de una revolución social”*, y ello *“aplicando rectamente, lealmente y con amplitud el espíritu de la Constitución”*. Y añade: *“Yo quisiera saber quién es el espíritu timorato que se atreverá a negar la grandeza del experimento, la importancia del trabajo que se hace para conseguirlo y la abnegación que unos y otros han puesto al someterse a esa prueba. Y la política sensata, prudente, de interés nacional, sin asomo de lucha de clases, sino mirando a un interés superior de porvenir del progreso social, está en eso: en agotar todas las posibilidades de la colaboración cordial de unos y otros, para ver hasta dónde se llega y qué fecundos beneficios se pueden obtener de esa colaboración, sin ponerle ningún límite”*. (Fron-tón Central de Madrid, 14-3-1933).

Azaña soñaba con realizar poco a poco una revolución social por medio de la Consti-

tución republicana. Teóricamente no era imposible; pero él y todos cometimos un ligero error: haber hecho una Constitución democrática y liberal, que la burguesía utilizaría al máximo para frustrar en sus mismos comienzos el experimento de interés histórico universal. Como ocurrió. En la práctica, esa revolución no era posible. La burguesía no quiere un Estado sin asomo de lucha de clases ni colaboraciones cordiales. Quiere sólo sus privilegios y no se los dejará arrebatarse pacíficamente, ni con esta Constitución ni con ninguna. Desengáñese Azaña. El Estado sin clases, por encima de las clases, será una realidad sólo cuando a la burguesía se la obligue por la fuerza a abandonar el estado de guerra social permanente en que vive. La República pudo hacerlo, y no supo o no quiso; probablemente nadie o muy pocos se dieron cuenta del problema.

Por qué se le odia

Esa bella utopía de Azaña es el motivo capital del aborrecimiento en que le tienen las oligarquías tradicionales y sus satélites los partidos y hombres republicanos que no hicieron honor a su firma. ¡Incorporar el proletariado al Gobierno de la República para evitar o suavizar la lucha de clases, pero a condición de distribuir mejor la riqueza y acaso socializaría a la postre! Remedio más cómodo y más barato es la Guardia Civil, que suprime o aterra a uno de los contendientes y de añadidura está pagada por todo el pueblo.

La burguesía española, para justificarse de su ensañamiento con Azaña, le acusa de haberla arruinado; pero en realidad es que no le perdona el susto que le dio de que a confiscara. Una República así, un Estado así, liberal y democrático, jurídico y legalista, tenía que fracasar en sus empeños revolucionarios; pero hasta que acabaron con él, porque virtualmente con él han acabado ya, las oligarquías del pasado no estuvieron tranquilas. Ni lo están aún del todo, mientras Azaña aliente y se mueva, no sea que otras circunstancias, muy improbables, pero no imposibles, le permitan ensayar de nuevo la utopía republicana soñada en las Cortes Constituyentes y cristalizada en la Constitución.

Le denostan por supuestas persecuciones y crueldades de que las hizo víctimas; pero la única crueldad moral, más que física —poco daño material se les hizo—, que aun les duele fue la obstinación de Azaña en sostener dos años y medio a tres ministros socialistas en el Gobierno, rigiendo el país que cincuenta generaciones de reyes tuvieron bajo su cetro y cien generaciones de obispos bajo su báculo. Que los obreros y algunos malos intelectuales, traidores a su clase, proclamen la necesidad de la revolución social, lo comprenden las clases burguesas, aunque no la temen, porque ahí está la fuerza pública para defenderlas. Pero que un ateneísta, un escritor que no es ni académico ni escribe en los periódicos importantes, y un funcionario público, ¡nada menos que un funcionario público!, que sirve al Estado cons-

pirando contra él, se declare no socialista y, sin embargo, lleve socialistas al Gobierno para que vayan haciendo gradualmente la revolución social desde la Constitución y desde la *Gaceta*, con ayuda de la Guardia Civil, eso no se perdona nunca ni se olvida fácilmente. El pánico más rencoroso es el retrospectivo.

El 10 de agosto no fue tanto un atentado contra la República en sí como contra la llamada República socializante. Y el resentimiento contra Azaña, con aquel motivo, no fue sólo porque reprimiera la agresión, ni por las condenas y deportaciones, como se pretendía, sino porque, colaborando con las fuerzas del Estado, se utilizaron las organizaciones obreras para sofocar, señaladamente en Sevilla, los primeros chispazos de la Contrarrevolución. Por todo esto se execra a Azaña, no por lo que hizo, sino por lo que tenía intención de haber hecho.

La ruptura del nexo común

Salvo diferencias de opinión sobre el Estado y la lucha de clases, la utopía de Azaña fue también la de muchos socialistas españoles y extranjeros. Se esperaba poder ir realizando la revolución social por vías constitucionales. Esa fue la primera de una gran parte del socialismo internacional durante medio siglo. Pero somos ya muchos los que nos hemos curado de esa ilusión democrática y legalista. La democracia en régimen capitalista nos dice: “¡De aquí no pasarás!”, y con ello nos cierra el proceso

revolucionario, “*sin horizontes ni límites*”, que pedía para su partido Azaña. No basta que un partido no se ponga límites, si se los ponen los otros. Pero entonces no hay más que saltar sobre el obstáculo.

El dilema se presenta con meridiana claridad: o se renuncia a la revolución, y entonces, amigo Azaña, nos dedicaremos a la literatura, o se renuncia a la ley, y entonces los pactos legales no tienen objeto. Esto explica un hecho que produjo alguna

amargura a Azaña: que los socialistas no se aliaran a los republicanos, más que excepcionalmente, en las últimas elecciones. Es que ya entonces, con más o menos conciencia, a los socialistas se les había disipado el nexo común, la utopía republicana, el sueño de una revolución constitucional, y Azaña lo conservaba todavía. ¿Lo conserva aún? Por el discurso del *Parodiñas* parece que sí; pero a veces la corriente de la Historia va tan de prisa o por cauces tan extraños e imprevistos,

que un hombre de claro juicio ve en unas semanas, unos días o unos minutos lo que no había logrado ver en todos los años de su vida. yo espero que con la tercera colección de sus discursos esté ya completo el ciclo de la evolución política de Azaña y curado radicalmente de aquella hermosa República utópica que describe con tan vivos colores, con tanto amor y con tantas gracias del lenguaje en sus piezas oratorias, muchas de las cuales pasarán a las antologías literarias.